

MARISA RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO (coord.)

LA EDAD DEL BRONCE,
¿PRIMERA EDAD
DE ORO DE ESPAÑA?

Sociedad, economía e ideología

CRÍTICA
BARCELONA

ÍNDICE

<i>Prólogo</i> , Marisa Ruiz-Gálvez Priego	7
--	---

PRIMERA PARTE

CUESTIONES PREVIAS DE TEORÍA Y METODOLOGÍA APLICADAS AL ESTUDIO DE LA EDAD DEL BRONCE

1. La dendrocronología y el Carbono 14 calibrado ¿A qué carta quedarse...?, <i>Ramón Fábregas Valcarce</i>	15
2. El estudio de la metalurgia: una historia de frustraciones y aciertos, <i>Julio Fernández-Manzano e Ignacio Montero Ruiz</i> . .	31
3. Técnicas de inteligencia artificial en arqueología. Su uso en el estudio de las formas de interacción social durante la Edad del Bronce, <i>Juan Antonio Barceló</i>	55

SEGUNDA PARTE

EL ÁMBITO FÍSICO: TERRITORIO Y ECONOMÍA DE LA EDAD DEL BRONCE

4. Prospección arqueológica y Edad del Bronce: una experiencia en la serranía turolense, <i>Francisco Burillo Mozota y Jesús V. Pícazo Millán</i>	87
5. Arqueología territorial. El ejemplo del poblamiento de La Mancha Oriental, <i>M.^a Dolores Fernández-Posse, Antonio Gilman y Concepción Martín</i>	121
6. El modelo de trashumancia aplicado a la cultura de Cogotas I, <i>Alfredo Jimeno Martínez</i>	139

TERCERA PARTE

EL ÁMBITO POLÍTICO: ORGANIZACIÓN SOCIAL
Y PRÁCTICAS CULTURALES DE LA EDAD DEL BRONCE

- | | |
|---|-----|
| 7. La sociedad argárica, <i>Pedro V. Castro, Robert W. Chapman, Sylvia Gili Suriñach, Vicente Lull, Rafael Micó Pérez, Cristina Rihuete Herrada, Roberto Risch y M.ª Encarna Sanahuja Yll</i> . . . | 181 |
| 8. Arqueología interna de los asentamientos. El caso de Peñalosa, <i>Francisco Contreras Cortés y Juan Antonio Cámara Serrano</i> . | 217 |
| 9. Las comunidades del Bronce Final: enterramiento y sociedad en los campos de urnas, <i>Gonzalo Ruiz Zapatero</i> | 257 |

CUARTA PARTE

EL ÁMBITO SIMBÓLICO E IDEOLÓGICO: EL PAISAJE
COMO PLASMACIÓN DE LAS MENTALIDADES

- | | |
|---|-----|
| 10. Paisaje y representación en la Edad del Bronce: La descodificación del arte rupestre gallego, <i>Felipe Criado Boado, Ramón Fábregas Valcarce y Manuel Santos Estévez</i> | 291 |
| 11. Formas de asentamiento y organización social del espacio. Un modelo de repoblación medieval: el caso de Soria. Un ejemplo de la aplicación de fuentes medievales al estudio de la Edad del Bronce, <i>María Asenjo González y Eduardo Galán Domingo</i> . . | 321 |
| <i>Abreviaturas</i> | 345 |
| <i>Lista alfabética de autores</i> | 349 |

PRÓLOGO

Desde 1977, la Unión Europea ha venido desarrollando una serie de políticas de tipo divulgativo, encaminadas a acercar al público el concepto de «identidad europea». Ello responde a un doble motivo: por una parte, al deseo de dotar de cimientos históricos a dicha entidad nacida en el Tratado de Roma de marzo de 1957. Por otra, a la necesidad de definir y precisar la personalidad cultural e histórica de Europa, dado que en el artículo 237 de dicho tratado se decía que «cualquier Estado europeo podía solicitar convertirse en miembro de la Unión», pero no se especificaba qué se entendía por Europa, ni cuáles eran sus fronteras geográficas (Shore, 1993 y 1996).

De la indefinición sobre lo que entendemos por Europa se derivan situaciones contradictorias y conflictivas, como es el caso de Turquía, cuya candidatura al ingreso en la Unión Europea es sistemática y reiteradamente retrasada, no sólo por razones de desarrollo económico y evolución política, sino también por otras de índole geográfica, cultural y religiosa. Curiosamente, sin embargo, Turquía es miembro del Consejo de Europa desde 1949, veintiocho años antes de que España ingresara en dicha institución.

Contrariamente, la candidatura de su vecina y rival, la República de Chipre, con una economía artificialmente sostenida pero de población mayoritariamente cristiana y vital posición geoestratégica en el Mediterráneo, ha sido recientemente aprobada. Se da el caso de que el Estado de Israel participa en eventos deportivos y culturales europeos, como la Copa Europea de Baloncesto o el Festival de Eurovisión por citar dos ejemplos, a pesar de que ni geográfica ni políticamente está incluido en Europa. En este último caso han primado razones políticas y, sobre todo, culturales —la procedencia europea medieval de los antepasados asquenazíes y sefardíes de la mayor parte de la población actual del país, y la aportación de estos a la cultura europea—, sobre otras consideraciones geográficas, lingüísticas, religiosas o étnicas (véase también Janik y Zawadska, 1996, pp. 117-118).

Entonces, ¿qué es y qué no es Europa? ¿Quiénes tienen derecho a llamarse europeos y a participar en el banquete al que, como primera potencia mundial, están llamados los países miembros de la UE?

Como consecuencia de la necesidad de precisar lo que se entendía por Europa, en 1984 se creó en el transcurso de la reunión en Fonteneblau del Consejo de Europa, el Comité para los Pueblos de Europa, que a partir de

entonces ha llevado a cabo toda una serie de políticas de divulgación cultural, encaminadas a familiarizar al público europeo sobre sus orígenes y patrimonio cultural común.

Ejemplo de tales iniciativas es la exposición sobre Los Celtas, celebrada en el Palazzo Grazzi de Venecia en 1991 y que vino a suceder en el mismo marco a otra anterior dedicada a Los Fenicios y la colonización de Occidente, si bien esta última no contó con el patronazgo del Consejo de Europa. O la firma en Malta al año siguiente, de la convención para la protección del Patrimonio Arqueológico y el establecimiento del Comité para el Patrimonio Cultural, en el seno del Consejo de Europa. Ambas actuaciones se producen en paralelo a la aprobación y firma del tratado de Maastricht, cuyos objetivos eran la unión política y monetaria de Europa.

Una de las primeras actuaciones del mencionado Comité para el Patrimonio Cultural fue la elaboración de un Plan de Arqueología Europea, entre cuyos objetivos figuraba el lanzamiento de una campaña de divulgación a cuatro años, bajo el título «La Edad del Bronce, Primera Edad de Oro de Europa» que, de nuevo, perseguía acercar al ciudadano europeo a sus raíces compartidas. Asimismo, la reunión que anualmente celebra el grupo de arqueólogos teóricos británicos, TAG, correspondiente a 1992, se consagró, bajo el nombre de Eurotag, a celebrar el tratado de unión recién firmado y, a la vez, a plantear las iniciativas, críticas y dudas, que esta nueva situación suponía para la política cultural en general, y la investigación de las raíces de los pueblos de la actual Europa, en particular (Graves-Brown, Jones, Gamble, eds., 1996). Finalmente, otras iniciativas, como la elaboración de programas divulgativos, por ejemplo, el de Los orígenes de Europa, que se emitió en TV2 en 1991, o la creación de la Asociación de Arqueólogos Europeos y de su órgano de expresión, el Journal of European Archaeology en 1992, nacieron de este espíritu

¿Y por qué el Consejo de Europa escogió la Edad del Bronce como eje de su campaña de divulgación sobre los lazos comunes de las poblaciones europeas?

Porque desde los trabajos de Gordon-Childe, la Edad del Bronce se concibe como el primer despertar de Europa, durante el cual las rutas de intercambio propiciadas por el desarrollo de la metalurgia conectaron entre sí y comunicaron las poblaciones de Europa, y favorecieron el despegue de esta respecto de las civilizaciones urbanas del Mediterráneo. Como explica en un reciente trabajo Kristiansen (1996, pp. 142 ss), en obras como La Prehistoria de la Sociedad Europea o La Edad del Bronce, Childe sitúa en dicha fase y en su singularidad, las raíces del espíritu empresarial que caracterizó fenómenos tan europeos como los orígenes del capitalismo y de la revolución industrial. La elección no es, pues, casual.

Sin embargo, el modelo de Gordon Childe ha engendrado dos interpretaciones, radicalmente contrapuestas, de lo que significó dicho período para nuestro legado histórico y cultural.

Por una parte, la de los arqueólogos procesuales británicos, quienes, a

partir de la propia consideración del proceso metalúrgico como un fenómeno independiente y tan antiguo como el del Oriente Próximo (Renfrew, 1973 y 1986), han reivindicado procesos de autoctonismo y resistencia frente a los imperios del Mediterráneo, como elemento aglutinador de los pueblos europeos. Buen ejemplo de esta postura es la lección inaugural que pronunció Colin Renfrew (1995), con motivo del coloquio que, bajo el título La identidad de Europa en la Edad del Bronce, abrió en Octubre de 1994 en Londres la campaña del Consejo de Europa. En él defendió, como ya ha comentado en otro lugar (Ruiz-Gálvez, 1995, pp. 396-397), el concepto medieval de Europa, esto es, el de Carlomagno, que a su vez está en la raíz de la Europa de Maritain y Monnet, padres de lo que hoy conocemos como Unión Europea. Es decir, que Europa surge en las fronteras del Imperio romano, fruto de la resistencia de los pueblos bárbaros al Estado esclavista mediterráneo (Kristiansen 1996, p. 138). De tal manera que sólo aquellos pueblos no transformados, no aculturados, no romanizados en definitiva, pueden trazar un continuum entre la Edad del Hierro y el período Altomedieval. Dado que esas poblaciones de la Edad del Hierro son, a su vez, descendientes de aquellas preexistentes al menos en el Bronce Final, queda claro que es en Europa central y septentrional, y no en el colonizado y mestizado sur, donde hay que buscar los orígenes de Europa y —cabe añadir— de ese carácter independiente y emprendedor que caracteriza a los europeos...

Ello explica también por qué los arqueólogos procesuales sienten tanta aversión por modelos que, como los de Sistemas Mundiales, implican interacción entre amplias áreas del mundo antiguo y que, si los emplean, prefieran, en todo caso, hacerlo bajo la versión light de los modelos centro/periferia, que permiten contemplar los procesos europeos como autónomos y producidos al margen del mundo urbano oriental.

Por el contrario, para los arqueólogos procedentes de países del Mediterráneo o que trabajan en arqueología del Mediterráneo, la Edad del Bronce representa igualmente un momento clave en la construcción de nuestro patrimonio común europeo, pero precisamente por razones opuestas a las de Renfrew y los suyos: porque las innovaciones en la tecnología del transporte, junto con el metal y otras mercancías preciosas, hicieron posible a partir de ese momento las rutas a larga distancia y, con ello, el contacto, la comunicación, el intercambio y la interacción entre poblaciones asentadas a lo largo de amplias zonas del Mundo Antiguo, visión esta que es despectivamente contestada por los arqueólogos procesuales, como «una puesta al día del ex oriente Lux monteliano»...¹

1. Posturas a favor y en contra de los modelos mundiales se pueden encontrar, entre otros en: C. Scarre y F. Healey, eds. (1993), *Trade and exchange in Prehistoric Europe*, Oxford, Oxford; A. Gunder Frank (1993), «Bronze Age World system cycles», *Current Anthropology*, vol. 4, n.º 4, pp. 383-429; K. Kristiansen y J. Jensen, eds. (1994), *Europe in the First Millenium B.C.*, Sheffield Monographs in Archaeology n.º 6; A. Sherratt (1994), «What would a Bronze-Age World System look like? Relations between temperate Europe and the Mediterranean in Later Prehistory», *JEA*, n.º 2 (1), pp. 3-32; M. Balmuth, A. Gilman y L. Pra-